

Santidad y bendición

Josué 7-8

Pastor Tim Melton

Al principio del libro de Josué, Dios ayudó a los hijos de Israel a cruzar el río Jordán. Estaba desbordado, pero Dios detuvo el agua y cruzaron en tierra seca. Luego Dios ayudó a Israel a luchar contra la gran ciudad amurallada de Jericó. En Josué 6, vemos cómo sucedió.

Dios ordenó a Israel que marchara alrededor de la ciudad de Jericó, una vez al día, durante seis días. Esto incluía al pueblo, a los soldados e incluso a los sacerdotes y el Arca de la alianza. Al séptimo día Dios les ordenó que dieran 7 vueltas a la ciudad. Una vez terminado, tocarían las trompetas y gritarían, y los muros de Jericó se derrumbarían. Josué dio estas instrucciones (Josué 6:18-19):

“No vayáis a tomar nada de lo que ha sido destinado al exterminio para que ni vosotros ni el campamento de Israel os pongáis en peligro de exterminio y de desgracia. El oro y la plata y los utensilios de bronce y de hierro pertenecen al SEÑOR: colocadlos en su tesoro.”

Tocaron las trompetas, el pueblo gritó y los muros de Jericó cayeron. Israel destruyó la ciudad y fue una gran victoria. El capítulo 6 termina diciendo: ***“El SEÑOR estuvo con Josué, y este se hizo famoso por todo el país.”***

Lo que parecía ser un tiempo glorioso por la conquista de Jericó, de repente, cambió. El capítulo 7 empieza con estas palabras: ***“Sin embargo, los israelitas desobedecieron al SEÑOR, conservando lo que él había decidido que fuera destinado a la destrucción.”*** Israel había sido advertido de que si tomaba algo de Jericó para sí mismo, pondría el campamento en peligro de exterminio y desgracia.

Al continuar leyendo, vemos que un israelita llamado Acán guardó para sí parte del botín que Dios había destinado a la destrucción, y ***“provocó la ira del SEÑOR contra los israelitas”***. Sería un pecado costoso, pero en este punto de la historia Josué y los demás desconocían que había pecado en el campamento.

Después de derrotar a Jericó, Josué y el pueblo de Israel dirigieron su atención hacia la ciudad de Hai. Al igual que antes, Josué envió espías para saber más sobre la ciudad. Los espías regresaron y le contaron a Josué lo pequeña que era. Seguramente, solo necesitaban enviar un pequeño número de hombres de su ejército.

Así que eso es lo que hicieron. Josué envió a tres mil hombres a luchar contra Hai. Una vez empezada la batalla, los soldados de Israel huyeron de los hombres de Hai, y en el proceso murieron 36 soldados israelitas. Como resultado, **"todo el pueblo se acobardó y se llenó de miedo"**. Esta había sido la descripción del pueblo de Jericó (Josué 2:11), y ahora, debido a su pecado, se había convertido en una realidad también para Israel.

Cuando Josué se enteró de la noticia, se rasgó las vestiduras y se postró rostro en tierra ante el Arca de la alianza, junto a los ancianos de Israel, hasta la noche. Durante este tiempo de ansiedad y confusión, Josué se preguntaba por qué Dios había permitido a Israel llegar tan lejos solo para ser destruido por los cananeos. Se preguntaba por qué el pueblo de Israel no podía haberse quedado al otro lado del río Jordán. Se quedó sin palabras ante Dios mientras buscaba una explicación de por qué sus soldados habían huido de la batalla. Ahora temía que los cananeos se enteraran, se unieran y destruyeran por completo a Israel y borrarán su nombre de la faz de la tierra. Y lo peor de todo, ¿qué pasaría con el gran nombre de Yahvé?

Es interesante que Dios permitiera a Josué y a los ancianos de Israel permanecer postrados en su presencia hasta la noche. Pero a su tiempo, Dios habló.

"¡Levántate! ¿Qué haces ahí postrado?" Para Dios era muy sencillo. Israel había pecado. Se habían apropiado de parte del botín de guerra que debía ser destruido. Por lo tanto, el pueblo de Israel no pudo hacer frente a sus enemigos. Huyeron de sus adversarios, porque se habían convertido en devotos de la destrucción en lugar de ser devotos de Dios.

En esta historia vemos que todo y todos estamos dedicados a algo. O estamos dedicados a Dios o estamos dedicados a la destrucción. Hasta este momento, Israel había sido separado como devoto de Dios. Por ello, Dios les había ayudado a cruzar el río Jordán y a derrotar a Jericó. Ahora que se habían alejado de Dios por el pecado, estaban dedicados a la destrucción. La bendición es el resultado natural de caminar en intimidad con Dios. Cuando moramos en la presencia de Dios, tenemos acceso a los recursos de Dios y experimentamos las bendiciones de Dios. El pecado nos separa de Dios, sus recursos y sus bendiciones.

¿No fue eso lo que Dios les había advertido en Josué 6:18-19? Si se apropiaban de cosas destinadas a la destrucción, el campamento de Israel se pondría en peligro de exterminio y de desgracia. Esa es la consecuencia del pecado. Isaías 59:2 nos dice muy claramente que el pecado nos separa de Dios. Romanos 6:23 nos dice: **"Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor."** Podemos elegir la vida o la muerte. Si uno elige pertenecer al pecado en lugar de a Dios, entonces está rechazando ser devoto de Dios y está eligiendo ser devoto de la destrucción. Vemos esta elección muy claramente en esta historia.

Puede ser útil señalar que en este momento Josué no sabía nada del pecado cometido. Eso es lo que probablemente hizo que la situación fuera tan confusa. Él pensaba que estaban andando en santidad, pero había pecado oculto en el campamento. Alabado sea Dios por su misericordia hacia su pueblo. Antes de que fuera demasiado tarde, Dios reveló el problema y eliminó el pecado de Israel.

A veces nuestras vidas son así. Nos parece que nos relacionamos bien con Dios, pero la realidad es diferente. Tal vez por culpa de un punto ciego espiritual, un pecado del que ni siquiera somos

conscientes. Tal vez nos hemos vuelto insensibles a la convicción del Espíritu Santo y somos culpables en varias áreas. Entonces, a través de un versículo de la Biblia, una situación difícil, o una palabra valiente de un buen amigo, nos damos cuenta de nuestro pecado. Entonces es el momento de arrepentirse y eliminar el pecado. Dios iba a guiar a Israel a través de este proceso.

Dios ordenó a Josué que dijera al pueblo que se purificara, porque no podrían hacer frente a sus enemigos si todavía tenían las cosas prohibidas destinadas a la destrucción en su seno. Al día siguiente, Josué llevó todas las tribus ante Dios, y Dios señaló la tribu de Judá. Josué entonces trajo los clanes de Judá ante Dios, y Dios señaló el clan de Zera. Josué entonces llevó el clan de Zera ante Dios, y Dios señaló la familia de Zabdí. Josué llevó entonces a la familia de Zabdí ante Dios, y Dios señaló la casa de Acán.

Josué se enfrentó entonces a Acán, y éste confesó haber tomado de Jericó un hermoso manto, 200 siclos de plata y una barra de oro de 50 siclos. Contó como los había visto, codiciado y tomado. Como está escrito en Santiago 1:14-15: *“Cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte.”*

Entonces tomaron a Acán y se lo llevaron, junto con su familia y todo lo que tenía. Los mataron, los quemaron y colocaron sobre ellos un gran montón de piedras *“que sigue en pie hasta el día de hoy”*. Acán había elegido consagrarse al pecado y a la destrucción, y así fue.

Ahora había dos montones de piedras en la Tierra Prometida. Uno que conmemoraba el cruce milagroso del río Jordán, y ahora el segundo, que recordaba al pueblo el coste del pecado. Debemos darnos cuenta de que ambos vinieron de la mano de Dios. Él es un Dios tanto de gracia como de justicia.

Una vez que el pecado de Acán fue pagado y eliminado del campamento de Israel, Dios volvió a dirigir su atención hacia Hai. Dios les ordenó que atacaran Hai de nuevo. Dios declaró que ya lo había entregado en sus manos: el rey de Hai, su pueblo, su ciudad y su tierra.

Dios les ordenó que prepararan una emboscada, y eso fue lo que hicieron. Josué envió parte de su ejército detrás de la ciudad de Hai para que se escondiera. Josué dirigió el resto del ejército para ir contra Hai desde el frente. Cuando los hombres de Hai salieron a luchar contra ellos, Josué y sus hombres huyeron, como lo habían hecho la primera vez. Los soldados de Hai los persiguieron. Una vez que los combatientes abandonaron la ciudad, los soldados emboscados atacaron, capturaron y destruyeron la ciudad de Hai. Una vez que pudieron ver el humo que salía de la ciudad, Josué y sus hombres se volvieron para luchar contra los hombres de Hai. Atacados por delante y por detrás, los hombres de Hai fueron derrotados. Ese día, Dios trajo una gran victoria.

De esta historia debemos aprender varias lecciones más.

Cuando recordamos esta historia, algunos pueden preguntarse: "¿Por qué se enfadó Dios con todo Israel, cuando solo un hombre había pecado?". Esa sería una buena pregunta, sobre todo si se pertenece a una cultura que defiende el individualismo. Así es como gran parte de Occidente ve el mundo. Buscamos ser individuos únicos, con nuestra propia vida, nuestro propio futuro, nuestros propios deseos y nuestros propios sueños, pero las culturas de la Biblia no pensaban así. Incluso

cuando se presenta a Acán por primera vez, en el capítulo 7 de Josué, se le describe diciendo quién era su padre, su abuelo, su bisabuelo y su tribu. Todos estaban conectados e identificados con otros.

Piénsalo así: Si estás jugando al fútbol y uno de tus compañeros rompe las reglas, ¿quién es penalizado, la persona o todo el equipo? Ambos. Tal vez tu compañero reciba una tarjeta amarilla o roja, mientras que el otro equipo recibe un penalti que perjudica a todo tu equipo. En el caso de Adán y Eva, pecaron, y la naturaleza pecaminosa se transmitió a todas las generaciones. En el libro del Apocalipsis, iglesias enteras fueron amenazadas con la disciplina por no eliminar el pecado en su congregación. En 1 Corintios 12, vemos que incluso las iglesias son vistas no solo como un grupo de individuos, sino como el cuerpo de Cristo. Eran partes diferentes cuya identidad y propósito solo cobraban sentido una vez que funcionaban como parte del cuerpo. ***“Si uno de los miembros sufre, los demás comparten su sufrimiento; y, si uno de ellos recibe honor, los demás se alegran con él.”***

Cuando empezamos a ver la iglesia, nuestra iglesia, desde esta perspectiva, esta historia del "pecado en el campamento" se vuelve aún más aplicable a nuestras vidas. Sí, queremos ser santos y bendecidos como individuos, pero esto también se aplica a nosotros como iglesia. A medida que crecemos en nuestra fe y en nuestra santidad como grupo, nos convertimos en un cuerpo de creyentes que se acerca a Dios y se pone bajo su paraguas de bendición.

Digo "paraguas de bendición" porque es a través de la santidad que nos acercamos a Dios, y es al acercarnos a Dios que experimentamos las bendiciones de la relación íntima con el Padre. Es como un niño en una tormenta. Mientras se mantenga cerca del Padre, tendrá tanto el padre como el paraguas. Si elige alejarse del padre, se aleja también de la cobertura del paraguas.

La bendición está relacionada con la presencia de Dios. Como vemos en Isaías 41:10, ***“Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa.”*** Al permanecer en la presencia de Dios, obtenemos todo lo que Él es. La clave es permanecer en Él. El pecado nos separa de Dios, así que la clave para una relación íntima con Dios es la santidad.

Israel era el pueblo elegido por Dios. Eran los hijos de la promesa. Esta era su identidad, pero no aseguraba las bendiciones de Dios. Solo cuando andaban en santidad experimentaban la bendición en toda su plenitud.

Por la fe hemos sido reconciliados con Dios. La muerte y resurrección de Cristo ha pagado por nuestro pecado. Ahora somos considerados santos a los ojos de Dios. Esa es nuestra identidad en Cristo. El siguiente paso es andar en santidad.

Filipenses 2:12-13 nos instruye así: ***“Llevad a cabo vuestra salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad.”*** Debemos buscar la santidad en nuestra vida diaria, sabiendo que toda santidad y bendición son obra de Dios en nuestras vidas.

Esto no significa tratar de ser santos con nuestras propias fuerzas de manera egoísta para conseguir que Dios nos bendiga. Dios mismo es la bendición.

Persigue la santidad de todo corazón, pero date cuenta de que la ley es obra de Dios. La exposición del pecado es obra de Dios. La convicción del pecado es obra de Dios. Un corazón arrepentido es

obra de Dios. El deseo de santidad es obra de Dios. La fe para creer es obra de Dios. La santidad resultante es obra de Dios. La santidad que resulta en bendición es obra de Dios.

Al darnos cuenta de que todo es obra de Dios, podemos inclinar nuestros corazones hoy y confesar nuestro pecado. Clamar por el perdón. Orar para ser santos. Y descansar en su capacidad para llevarlo a cabo. En Él encontramos tanto la santidad como la bendición.

Cuestionario:

1. ¿Qué es lo que más te ha interesado de esta lección?
2. En grupo, contad la historia de Israel y la ciudad de Hai.
3. ¿De la historia, qué fue lo más significativo para ti?
4. ¿Puedes pensar en un ejemplo en el que el pecado de una persona haya perjudicado a otras?
5. ¿Recuerdas alguna ocasión en la que eras culpable de hacer algo malo pero no te habías dado cuenta?
6. Como iglesia, ¿cómo podríamos perseguir la santidad?
7. ¿Qué crees que debes recordar de este sermón?
8. ¿Qué crees que Dios quiere que hagas en respuesta a este sermón?
9. ¿Cómo podemos orar por ti al respecto?